

Josefina Rodríguez

En busca de sí misma, Josefina Rodríguez llegó a la poesía –su “otra alternativa”–, afirmada y confirmada en su ser y en su libertad por virtud de la palabra.

(Sólo la palabra
me restituye el espíritu.

...

Las palabras dan a mi conciencia
libertad y salida).

La otra alternativa es su cuarto libro de poemas, y revela en principio, como ya lo habían hecho sus libros anteriores, la eficacia operativa del propio ejercicio poético: la afinación progresiva de un estilo en que la economía de la expresión y el juego de las ideas y el sentimiento presiden la sobriedad del lenguaje y la amplitud del registro temático, siempre oscilante entre las vivencias del mundo externo y las peripecias de su mundo interior.

Dura y difícil ha sido sin duda la conquista de la palabra, la lucha permanente contra la inhibición del silencio. Detrás de su obra se adivina, en efecto, una vida paciente y fecunda de lecturas y una entrega absoluta al exigente oficio de la reflexión y de la expresión, siempre con la conciencia lúcida de la excepcionalidad del cabal logro poético:

(Una vez sola
se da el hallazgo pleno
de sol y luna,
de palabra y poema).

El libro está dividido en ocho secciones, cuyo tema central está doblemente aclarado por el epígrafe que la precede y por el título de cada una de ellas: *Raíces, Huellas, Ni tú ni yo, El alba, Sueños, Gajos del tiempo, Rememoria y Mágica palabra*. Aunque aparentemente diversos, por debajo de todos estos temas corren otros dos que son los temas “cardinales”: el poder destructor del tiempo en convivencia con la fragilidad de la memoria, y la salvación por la conciencia tanto de “quién” se es, como de la potencia liberadora de los sueños y la energía fundacional de la palabra. Y más en lo profundo todavía, yace, como en toda la poesía lírica, el amor, la vivencia de su plenitud unitiva que se extiende a la relación jubilosa del poeta con el mundo, o la experiencia dolorosa y nostálgica de la separación de los amantes que tiñe las horas de soledad. Así, expresiones como:

Tú y yo deletreamos

P-a-r-a-í-s-o

sin errores

en la mañana maciza.

...

Tú y yo, soñando tierras

que valen más

que cien poemas...,

Alternan en contrapunto con estas otras de laconismo ejemplar:

Despierto.

¡Qué difícil

ajustar mi soledad

a mi presente!

...

Termina el día
y mi soledad cierra la tarde.
En el reloj
las horas se volverán eternas.

“Tempo fugit”, sentenciaban los clásicos. Sí, el tiempo huye, las horas de felicidad pasan; otras horas, amargamente vacías, las remplazan. Es justamente entonces cuando se hace consciente el valor del recuerdo, de la capacidad de filtrar nuevamente por el alma aquel tesoro de ir y venir a esa fuente que guarda con celo el corazón. Josefina lo sabe.

(Voy al pozo de nuevo,
saco agua de mí misma
y bebo hasta hartarme),

Aunque sabe también, devuelta a la cruda luz de lo racional, que el recuerdo sólo es sombra, fantasía, ilusión:

Cierro los ojos para retener
las horas idas de felicidad.
Pero mi espíritu me arrastra
a esta densa neblina
que forma mi razón...

Como lo son igualmente los sueños –evasión de la realidad, pero fecunda, como el propio recuerdo, para la poesía:

Sueños:
espirales de humo
en que danzan mis fantasmas;
en lo alto,
donde todo parece perderse,
acontece el poema.

Josefina Rodríguez no canta sólo movida por esta tensión del amor entre los polos opuestos del éxtasis unitivo y la soledad. El buceo en su interioridad la lleva al rescate de otros instantes de plenitud, como los de su cándida niñez, surtidora de cuentos, de fábulas y de creencias asumidas por una fe sin condiciones:

...memoria mía,
deja que en ti cante mi niñez,
mi mágica credulidad,
mi fe viva.

Rescate que se extiende a todo su ayer, de cuyas aguas profundas surgen con fuerza irreprimible sus raíces. Raíces “tan mías” –nos dice-

que quiebran estas letras
al querer suprimirlas.

En esas mismas aguas palpa, como parte esencial de sí misma, la presencia de otros seres amados, cuya evocación le arranca expresiones de gran transparencia y conmovida intimidad:

Llevo en mí...
tu sabia ternura,
tu disciplina de alondra.

...

Yo seguí tus huellas,
a ciegas, cayéndome,
tomada de tu mano
y tu palabra.

...

Por las noches
apareces tan clara, tan cercana,
que siento tu presencia
mordiéndome la aurora.

Desde el lado formal, Josefina Rodríguez ha optado por el verso libre. No es de extrañar, por ello, que cada poema lleve la estructura, el ritmo y la dimensión que le imponen sus descubrimientos e intuiciones y la respuesta de su emoción. Es ésta la que impera la voz y el silencio, la que ordena el qué y el cómo, el cuándo y el cuánto de la expresión poética. Respecto a esta última, son notables su grado de condensación y su vigor sustancial: la economía de las palabras; la sobriedad del lenguaje, sin adjetivaciones empobrecedoras o superfluas, atento sólo a la riqueza significativa de sustantivos y verbos que apoya el valor de las metáforas e imágenes y da el secreto de su eficacia estética en el lector.

Es notable asimismo la riqueza de tonos de su sentimiento en perfecto ajuste con la expresión: a veces, versos de una delicadeza y levedad extraordinarias, como éstos:

Toca mi ventana con suavidad
el alba...;

versos de exaltación jubilosa:

Cuando me habitas,
campanas y viento,
ríos y mares,
primaveras y valles
son mi aposento...;

o de gozo profundo y sosegado:

Extasiada en tu recuerdo,
tranquila, medito...;

o de dramática pesadumbre:

En el reloj
las horas se volverán eternas...;

y versos también de alcance cósmico y expresión lapidaria:

Lo importante es saber

que tú y yo
somos el universo.

Estoy seguro de que será muy grato para el lector participar en esta nueva aventura poética –búsqueda y hallazgo- de Josefina Rodríguez.

Monterrey, mayo de 1987

Alfonso Rubio y Rubio